

1865.

## AUN NO HA LLEGADO TU HORA

En abril de 1865 en el colegio salesiano de Mirabello cayó enfermo el clérigo Francisco Cerruti, profesor de humanidades, al cual el exceso de trabajo le produjo una anemia de gravedad, tos fuerte y persistente, expectoración de sangre, fiebre casi continua, respiración afanosa y, finalmente, tal afectación de los pulmones que el médico declaró el mal sin remedio.

El pobre enfermo, sin fuerzas siquiera para tenerse en pie, obligado á guardar absoluto reposo y silencio, y sin haber podido por tres días tomar más que hielo, estaba, á ojos vistas á las puertas de la muerte; pero con todo esto muy diferente fué el sentir de Don Bosco, quien como fuese á Mirabello y viese al clérigo Cerruti en tal estado, miróle bondadosamente, le confortó con el más paternal afecto y le dijo: *No te inquietes, pues aún no ha llegado tu última hora.*

Pero entre tanto el mal no cedía, por lo que Don Miguel Rua, á la sazón director del colegio y el cual con exquisita caridad había prodigado al enfermo toda suerte de atenciones, como fuese días después á Turín, informó á Don Bosco sobre la persistencia de la enfermedad y la opinión invariable del médico que no daba la menor esperanza. —

*El médico se equivoca*, respondióle Don Bosco: *dile á Cerruti que aún no ha llegado su hora y que piense en sanar.*

Habiendo á su regreso Don Rua cumplido tal comisión sucedió que precisamente el mismo día de su llegada le vino al enfermo un gran acceso de tos que le dejó más postrado que nunca; pero fué el último, y al día siguiente el clérigo Cerruti continuó hasta fines de año su enseñanza al mismo tiempo que sus estudios para rendir un examen en la Universidad de Turín. El médico quedó maravillado, y aun pasados algunos meses preguntaba á dicho clérigo cómo había sanado.

El médico ya murió y el clérigo, ahora sacerdote y miembro del Capítulo Superior del Instituto Salesiano, se conserva en vida esperando que llegada su hora Don Bosco le ayude á subir al Paraíso.

1866.

## DE CÓMO UN ENFERMO RECOBRÓ LA SALUD

En la tarde del 16 de noviembre de 1866 Don Bosco debía pagar cuatro mil francos á los obreros que trabajaban la cúpula de la iglesia de María Auxiliadora; pero sin tener ni un escudo en caja, desde temprano Don Rua, Prefecto del Oratorio y algunos coadjutores habían salido á buscar limosna,

y á las once del día se hallaban de vuelta, sin haber conseguido sino mil francos.

Mientras aquéllos estaban pensativos y consternados, sonrióse Don Bosco y les dijo: — No tenzáis cuidado; yo buscaré lo que falta.

Lleno de esperanza en la divina Providencia, toma su sombrero y sale.

Después de recorrer como distraído varias calles llega á la Puerta Nueva, y allí se detiene sin saber á donde dirigirse, cuando un criado vestido de librea se acerca á él y le dice:

— Señor, ¿sois Don Bosco?

— Sí. ¿En qué puedo servirlos?

— Mi amo os ruega que vayáis á verle inmediatamente.

— Vamos á él. ¿Está lejos?

— No, señor, allí en aquel palacio.

— ¿Ese palacio es suyo?

— Sin duda; mi amo es inmensamente rico.

Introducido en una hermosa estancia, encuentra recostado en un lecho á un caballero de avanzada edad, el cual manifiesta particular contento al verle.

— Mi Reverendo Padre, mucho necesito vuestras oraciones; es necesario que me alcancéis la salud.

— ¿Hace tiempo que estáis enfermo?

— Hace ya tres años que no me puedo mover de esta cama, y los médicos no me dan la menor esperanza. Si obtuviera algún alivio, os haría gustoso una ofrenda para vuestras obras.

— Nada mejor, pues hoy mismo se necesitan tres mil francos para la iglesia de María Auxiliadora.

— ¡Tres mil francos! es demasiado, Padre mío; si se tratara de algunos centenares podría ver...; pero ¡tres mil francos!

— ¿Es demasiado? Entonces no tratemos de eso.

Y, tomando asiento, se puso á hablar de un asunto de interés general.

— Pero, Padre mío, dejemos á un lado esta materia. ¿Y mi curación?

— Yo os indico un medio de conseguirla; no podéis aceptarlo...

— Pero ¡tres mil francos!

— Yo no insisto.

Y comenzó á hablar de la lluvia y del buen tiempo.

— En fin, obtenedme alguna mejoría y contad con que á fines de este año no os olvidaré.

— ¡A fines de año! Pero la suma expresada se necesita en esta misma tarde.

— ¡Esta tarde, esta tarde! Bien sabéis que tres mil francos no se tienen en casa; es necesario ir al Banco y llenar ciertas formalidades.

— ¿Y por qué no iríais al Banco?

— Os chanceáis; tres años hace que ni siquiera he bajado de la cama; andar un paso me sería imposible.

— Nada es imposible á Dios y á María Auxiliadora.

Y, diciendo esto, Don Bosco hace que se reúnan

en la estancia todos los de la casa, esto es, como treinta personas, reza con ellos una oración al Santísimo Sacramento y á *María Auxiliadora* y en seguida pide se traigan vestidos al enfermo.

— ¡Vestidos! No los tiene; no se sabe donde estén, puesto que en tanto tiempo no los ha necesitado.

— ¡Qué vayan á comprarlos inmediatamente! exclama impaciente el enfermo; haced lo que os dice Don Bosco.

En tales momentos entra el médico y quiere estorbar lo que él llama una insigne locura; no obstante, encontrando un traje, vístese el enfermo y con asombro de todos se pasea á paso largo en la estancia; manda que alisten el coche, y entre tanto se hace servir el almuerzo y come con increíble apetito.

Luego lleno de bríos, rehusando toda ayuda, baja la escalera y monta en el carruaje.

A poco vuelve y pone en manos de Don Bosco tres mil francos.

— Estoy completamente sano, repetía sin cesar.

— Hacéis salir vuestros escudos del Banco, díjole Don Bosco, y *María Auxiliadora* os hace salir de la cama.

Este caballero ha continuado siendo fiel bienhechor de la Obra del Santo y ha contribuído generosamente á la edificación de la iglesia de *María Auxiliadora*.

1866.

### UNA BENDICIÓN DE DON BOSCO

En 1866 las Hermanas de la Caridad abrían en Cúneo una casa destinada á recoger á las niñas pobres y abandonadas y enseñarles el servicio doméstico. Sor Arcángela Volontá y otra hermana fueron encargadas de la fundación.

En Cúneo las esperaba la pobreza misma: el establecimiento en que se aposentaban era el menos apropiado para el objeto; dos rústicas camas y algunas sillas era todo el ajuar contenido entre viejos muros; y dos criaturas que alimentar, sin recurso alguno, eran el primer cuidado que les ofrecía la divina Providencia.

Don Bosco hallándose á la sazón en aquella ciudad, invitado por el R. P. Ciravegna, jesuíta, llegó á visitar el pobre albergue de Sor Arcángela; á primera vista conoció el principio de una obra de Dios, y dijo á las buenas religiosas: — Bien se ve que lo superfluo no os estorba. Esto no basta y así podéis estar tranquilas en la confianza de que Dios os bendecirá y hará prosperar vuestros trabajos, y día llegará en que os dé una casa grande y cómoda donde podáis hacer mucho bien.

Y les dió la bendición.

Poco ha, Sor Arcángela, arrodillada en la tumba de Don Bosco, agradecía con toda su alma

aquella bendición del hombre de Dios. El pobre albergue de las hermanas está transformado del todo. Nada falta ahora á la casa de Cúneo donde diez religiosas cuidan con maternal ternura á más de cien niñas.

Nadie ha olvidado que la transformación obrada por la divina Providencia comenzó con la visita y bendición de Don Bosco.



## LA PROVIDENCIA

### ES UNA BUENA TESORERA

---

¡Cuántos preciosos hechos podrían referirse si se quisieran mencionar las mil y mil circunstancias en que recibió Don Bosco de un modo inesperado y admirable las sumas de dinero precisas de que en día y momento dado necesitaba!

Me concretaré á referir los siguientes:

La casa de Turín debía treinta mil francos á cierto empresario, que inquieto por la demora en el pago, llega un día de muy mal humor al Oratorio, habla con el Prefecto y le dice que no se mueve de allí hasta haber recibido el dinero que se le debe.

El Prefecto declara que no tiene ni un cuarto en caja.

— Esto es intolerable; yo quiero ver á Don Bosco, dice el empresario.

Conducido á la antesala donde aguardaban varias otras personas, se sienta bruscamente y murmurando.

Llega casi al mismo tiempo un caballero de imperiosos modales, de pocas palabras y que parece impaciente.

— Necesito hablar inmediatamente con Don Bosco, dice.

— Tened la bondad de tomar asiento y esperar algunos instantes. Podréis hablarle así que llegue vuestro turno.

— Yo no tengo tiempo para eso; no puedo esperar.

Y sin más ni más va á golpear la puerta de la pieza en que Don Bosco hablaba con otra persona.

Don Bosco abre:

— ¿Qué deseáis, amigo mío?

— Hablar con vos, señor.

— Bien, á vuestro turno, si gustáis; no sería posible recibiros antes de todas estas personas que hace rato esperan.

— Estoy muy de prisa y sólo tengo breves palabras que deciros.

En vista de tal instancia Don Bosco pregunta á los circunstantes si tienen á bien permitir que entre este caballero, el cual sin esperar respuesta pasa adelante.

Semejantes maneras podían inspirar algún recelo á Don Bosco.

— Tened la bondad de sentaros, le dijo.

— No es necesario.

— ¿Qué es lo que os trae?

— No es gran cosa...; me basta un minuto...

Servíos aceptar esto. Y pone un paquete sobre la mesa.

Vamos; adiós, Padre mío, ¡rogad por mí! Y salió. En seguida entra la condesa V\*\*\*.

— Padre mío, ¿no os ha sucedido nada? Ese hombre me ha inspirado miedo; tiene una fisonomía extraña y temía que viniera á molestaros.

— La molestia no ha sido grande, le contesta sonriendo Don Bosco; hé aquí lo que acaba de traerme; y abriendo el paquete cuenta treinta billetes de mil francos.

Llegado el turno al empresario, Don Bosco le entregó los treinta mil francos que se le debían. Quedó aquél un tanto confuso por su anterior insistencia y se empeñó en dar las más expresivas excusas.

— Padre mío, me habían dicho que os era imposible pagar; han hecho mal en hablarme así.

\*  
\* \*

En otra ocasión en que tenía el Oratorio que pagar trescientos veinticinco francos de impuesto, como llegara el fin del plazo, á mediodía, si no estaba entregada la cantidad, un ministro de fe debía dar comienzo al embargo.

Don Rua va al cepillo de la portería á ver si se encuentra alguna limosna. Nada; en toda la casa no hay una blanca. Se dirige entonces á Don Bosco, le expone la dificultad y le pregunta si tiene algún dinero.

— No tengo absolutamente nada; roguemos á María Auxiliadora. Y continúa tranquilo su trabajo.

Instantes después tocan á la puerta: un caballero desea hablar á Don Bosco. Le introducen, y luego que le saluda y cambia con él breves palabras le dice:

— Padre mío, yo no soy rico; pero os ruego aceptéis una pequeña suma que he reunido para vuestros niños.

— Con mucho gusto.

El caballero le pasa un cartucho que contenía justamente trescientos veinticinco francos. D. Bosco sonriendo le dijo.

— Tened la bondad, al retiraros, de ponerlos en manos de Don Rua.

Don Rua, cuando los hubo recibido, exclamó:

— Nuestro Padre ha contado con toda exactitud: esto es lo que precisamente se debe; y sin pérdida de tiempo manda un mensajero al escritorio del Notario.

Habían dado las doce y estaba hecha la notificación; pero felizmente encontróse en el camino al portador de esta y sin más trámites todo se arregló.

El que sirvió como enviado de la divina Providencia entró más tarde al Oratorio y actualmente es sacerdote salesiano.

\*  
\* \*

Cierto día Don Bosco, deudor de una gruesa suma al panadero, era amenazado con la suspensión de toda remesa.

En tales momentos preséntasele el Conde R. de Agliano:

— Padre mío, mi esposa está gravemente enferma; haced que rueguen por ella. Y le deja una limosna por valor de la mitad de lo que se debía al panadero.

Todos en la casa hicieron especiales oraciones por tal intención. Tres días después volvió el Conde:

— Padre mío, mi esposa ha sanado, díjole á Don Bosco á la vez que le entregaba igual suma que antes. Con esto quedó pagado íntegramente el panadero.

\*  
\* \*

En el mes de marzo de 1880, como homenaje á Don Bosco que fué á pasar ocho días en Niza, el señor Don Ernesto Harmel obsequió, con una comida extraordinaria á los niños del Patronato de San Pedro y á varios amigos de la familia salesiana.

Momentos antes de sentarse á la mesa el señor Michel, abogado y muy celoso católico, conversaba con Don Bosco.

— Nuestra capilla, le dijo el buen Padre, es demasiado pequeña, insuficiente y poco á propósito para el servicio del culto; es absolutamente necesario dar mejor casa á Nuestro Señor. Hé aquí un plano que acaba de presentarme nuestro excelente arquitecto el señor Levrot y cuya ejecución se llevaría á cabo con treinta mil francos.

— ¡Treinta mil francos! Dudo, señor, que al presente podáis conseguirlos en Niza. Se han hecho en este invierno tantas limosnas, loterías y colectas que las bolsas están vacías.

— Con todo yo habría menester hoy mismo de esta suma.

En esto dan las doce y van á comer. A los postres, el notario señor Sajetto se levanta y dice á Don Bosco:

— Padre mío, pongo en vuestro conocimiento que una persona caritativa me ha remitido para vos treinta mil francos, los cuales están en mi escritorio á vuestra disposición.

— ¡Bendita sea María Auxiliadora! exclamó Don Bosco, juntando las manos y alzando los ojos al cielo.

El señor Michel quedó atónito.

\*  
\*\*

El mismo Don Bosco en una conferencia que dió en Lyon refirió que á las cinco de la tarde de cierto día debía pagar quince mil francos al contratista de unos trabajos en la iglesia del Sagrado Corazón en Roma.

A las cuatro y media nada tenía aún con que satisfacer esa cantidad; mas hé aquí que llega un eclesiástico, que sin idea de venir en tal día, á consecuencia de una equivocación, á pesar suyo, había tomado el tren.

Ese sacerdote traíale á Don Bosco una limosna justamente de quince mil francos.

¡ Oh bondadosa y admirable Providencia !

Se niega lo sobrenatural, y lo sobrenatural está en todo y nos rodea enteramente. Fijos nuestros ojos en la tierra no quieren recibir la luz del cielo.

1866.

### LA PROVIDENCIA EVITA UN REQUERIMIENTO

En 1866, Don Rua, Prefecto á la sazón del Oratorio, recibió el aviso de costumbre para el pago de una obligación cuyo plazo terminaba al día siguiente, y bien que la suma de dinero no era de consideración era menester buscarla.

Nada en la casa se hacía sin conocimiento de Don Bosco, y el Prefecto con particular diligencia le advertía cuando era necesario cubrir una deuda.

Aquel día Don Bosco, lleno de ocupaciones, se contentó con decir á Don Rua.

— Ve modo de pagar.

Don Rua recorre el Oratorio: va á la librería, á la imprenta, á la sacristía, y vaciadas todas las cajas recurre de nuevo á Don Bosco:

— Faltan poco más de treinta francos.

— Arréglate como puedas.

— Mas Don Bosco está de viaje mañana. ¿ Querría dejarme en este embarazo? Si el pago no se ha hecho á mediodía tendrá un requerimiento.

— Don Bosco nada puede; es necesario que parta. Ve el modo de componértelas.

A la mañana siguiente, sin esperanzas de los treinta francos, Don Rua se disponía ya á demostrar á Don Bosco los inconvenientes de un reque-

rimiento, cuando se presenta el Caballero señor Occelletti.

— Buenos días, Don Bosco; desearía hablaros.

— Excusadme, voy á tomar el tren.

— Es para daros un dinero.

— Don Rua puede recibirlo; dádselo pronto y acompañadme, que conversaremos en el camino.

El Caballero Occelletti era un insigne bienhechor del Oratorio, y traíale todos los sábados alguna ofrenda. Estando en marcha expresóle á Don Bosco que sólo en la mañana le había venido la idea de anticipar la acostumbrada visita, viniendo en día miércoles para darle el producto de ciertos billetes de lotería.

— No sé por qué este dinero me importunaba y atormentaba el pensamiento.

— ¿Y á cuánto llega ese dinero importuno?

— No es gran cosa: treinta francos y algunos céntimos.

Don Bosco se sonrió.

— ¡Y tan sólo por eso queríais que me dejase el tren!

Luego estrechándole la mano concluyó:

— Don Rua os dirá cuán inspirado habéis estado; si no es por vos, habríamos á mediodía tenido un requerimiento.

1866.

## UN SECRETO PARA MORIR TRANQUILO

En 1866 Don Bosco, á causa de la extraordinaria extensión de sus obras, había emitido una importante lotería.

Un día, llególe de Roma una carta bien singular. La marquesa V\*\*\*, junto con pedirle billetes, le hacía una súplica y un ofrecimiento, cuya sustancia es como sigue:

« Feliz, cuanto se puede ser en la tierra, vivo, sin embargo, con una angustia terrible: el pensamiento de la muerte me causa indecible inquietud y mi fe no es bastante á sobreponerse á ese involuntario terror. A medida que os escribo un movimiento convulsivo se apodera de todo mi ser. Pronta estoy á cualquier sacrificio para obtener que esta penosa idea cese de atormentarme, y hé aquí por lo cual me dirijo á vos. El tiempo apremia: padezco una enfermedad incurable y que puede quitarme la vida quizá muy pronto. Aseguradme, os suplico, que la Santísima Virgen, vuestra bondadosa María Auxiliadora, me concederá la gracia de no temer la muerte y de verla llegar con toda serenidad, y yo por mi parte os prometo que, siendo ya Cooperadora de vuestras Obras, seré vuestra servidora y la servidora de vuestros hijos. Mi voluntad, y todos mis bienes de fortuna y cuanto